

La exclusión del islam político en Argelia

Implicaciones y consecuencias de la inacabada construcción del Estado

Rosa Meneses

Periodista especializada en Oriente Medio y Magreb.
Redactora de la sección internacional del diario *El Mundo*
rosa.meneses@elmundo.es

RESUMEN

Casi veinte años después de la guerra civil argelina, los líderes islamistas del ilegalizado Frente Islámico de Salvación (FIS) siguen pugnando por integrarse en el juego político. Las leyes de amnistía y concordia puestas en marcha por el presidente, Abdelaziz Buteflika, no han logrado la pretendida reconciliación nacional. Una parte importante de las élites de la sociedad no puede ejercer sus derechos políticos, pero sueña con volver a crear un auténtico partido de vocación religiosa. En el fondo de la cuestión está la propia construcción del Estado, inconclusa desde que el Frente de Liberación Nacional (FLN) y su rama militar se apropiaran del poder tras la independencia, ignorando y excluyendo a la sociedad. Los resortes de la violencia continúan presentes y los viejos conflictos no resueltos constituyen un riesgo para el frágil equilibrio mantenido por el régimen.

Palabras clave: Argelia, islam, política, democracia, integración

Las calles sin asfaltar del barrio de Barraqi, un suburbio popular en la periferia de Argel, se convierten en un lodazal cuando llueve. Todas las mujeres llevan el *hiyab* (velo islámico) y los hombres visten la tradicional *yalabiya* en este bastión islamista. Madani Mezrag vive allí como uno más. Su figura corpulenta se confunde con la de otros hombres que también llevan una barba crecida. Pero la ambición de Mezrag no

es sobrevivir cada día –la lucha cotidiana de muchos de los habitantes de este humilde conglomerado de casas precarias–, sino liderar un partido político de corte islámico, algo que está prohibido en Argelia. Desde que el régimen interrumpió el proceso electoral en 1992 e inhabilitó al Frente Islámico de Salvación (FIS), que iba a ganar las elecciones, se proscribió a los partidos que se definían como islámicos. Casi veinte años después de una guerra civil cuyo recuerdo aún causa conmoción en la sociedad argelina, la lucha de los islamistas por el poder todavía continúa, aunque de forma soterrada. Los ideólogos islamistas pugnan por que se les integre en el juego político del país, pero ni la sociedad ha olvidado la violencia ni el régimen está dispuesto a compartir el poder. ¿Cómo puede Argelia evolucionar hacia un sistema democrático si sigue excluyendo a importantes sectores políticos? ¿Cuál ha sido la evolución del islam político argelino en los últimos años?

BORRANDO UNA HUELLA POLÍTICA

Los líderes carismáticos del FIS, Abasi Madani y Ali Benhadj, cumplieron su condena y están hoy libres, aunque sin derecho al sufragio. Lo mismo ocurre con los que fueron emires de los grupos armados y que, gracias a la amnistía establecida por el presidente, Abdelaziz Buteflika, no han tenido que pagar por empuñar las armas. En teoría, se les ha perdonado sus crímenes pasados o se considera que ya han pagado por ellos, pero no se les permite participar en la esfera política. Muchos, como Madani Mezrag, están plenamente integrados en sus barrios y se mueven con libertad absoluta. Sólo hay algo que no pueden hacer: política. Pero eso es justo lo único que quieren. Sueñan con crear su propio partido de las brasas del FIS, una auténtica formación que sea fiel a los principios del islam político y que sustituya a las organizaciones de vocación religiosa que tras la llamada “década del terror” han accedido a entrar en el juego del régimen. Para Mezrag, si el FIS tuviera la oportunidad de retornar a la esfera política, sería “un partido islamista, nacionalista y democrático”. Enfatiza el componente democrático: “Creemos que la democracia es un buen medio para nosotros. El Estado argelino no es nuestro enemigo” (Meneses, 2009b). Según este análisis, habría una oportunidad para que el sistema argelino integrara la importante corriente islamista ahora fuera de la ley.

Mezrag representa a esta generación de políticos islamistas excluidos del poder que no renuncia a él ni se resigna. Fue emir nacional del Ejército Islámico de Salvación (EIS), la rama armada del FIS. Este grupo, junto con los Grupos Islámicos Armados (GIA, la guerrilla más numerosa y sanguinaria del *decenio rojo*), es responsable de la muerte de

decenas de miles de argelinos durante la “guerra sucia” de los años noventa, en la que también las fuerzas de seguridad del Estado (y los grupos paramilitares de su lado) perpetraron masacres y desapariciones forzosas. En octubre de 1997, el EIS fue el primero en acceder a negociar una tregua con los generales. Mezrag apoyó a Buteflika cuando éste accedió a la Presidencia, en 1999, asimilando su política de “reconciliación nacional”. En enero de 2000, Mezrag emitió un comunicado para disolver el EIS y unos 6.000 guerrilleros se beneficiaron de las leyes de amnistía, incluido él mismo. Se trata, pues, de un arrepentido líder del FIS que ha decidido tomar el camino de la legalidad. Pero en este punto, no ha sido reintegrado. La existencia de miles de personas en su misma situación –muchos, con un perfil político– presenta un peligro potencial para el equilibrio político de la Argelia posbélica. Porque la estrategia de Buteflika no ha sanado todas las heridas políticas en la sociedad argelina. El propio Mezrag lo reconoce: “La Carta de Reconciliación no ha podido resolver los problemas sociales ni jurídicos. Tampoco las reivindicaciones políticas históricas. Tras 10 años de políticas de reconciliación nacional, esta no ha terminado. No es aceptable condenar a todo un movimiento con sus cuadros –más de cuatro millones de militantes en aquella época– y a sus simpatizantes. Hay que reintegrar a todos. Después el dolor será olvidado. No es difícil, lo podemos hacer pero, desgraciadamente, no hay voluntad” (Meneses, 2009b). Esta reflexión que realiza Mezrag da algunas de las claves para medir las consecuencias de excluir una parte importante de la ideología política argelina. El islam político no es algo que naciera con el FIS. Es un movimiento muy ligado a la tradición. Excluyéndolo –al igual que a otros grupos políticos– se está fallando en la construcción de la casa común, el Estado. Y el hecho de que en Argelia exista un movimiento “subterráneo” que pugna para que el islam político resurja a la superficie, y cuyas ideas no pueden expresarse de forma democrática, genera frustración al tiempo que deja sobre el tablero todos los mecanismos para que la violencia vuelva a emerger.

Algunos islamistas se expresan con menos delicadeza. Es el caso de Abdelhaq Layada, miembro de la rama más radical del FIS y antiguo emir de los GIA. Como tal, estuvo en el polo opuesto de Mezrag durante el conflicto (EIS y GIA, con distintas concepciones ideológicas, se enfrentaron entre sí). Y hoy todavía lo está en cuanto a la función del islam político: “El islamismo debe seguir la senda de la sharia. En política sólo hay dos opciones: la democracia o la sharia y ambas se excluyen mutuamente. El modelo de Estado ideal es el de la sharia porque la democracia es una mentira” (Meneses, 2007a). Si los *moderados* como Mezrag no están contra el Estado –incluso colaboran en las campañas de Buteflika–, los radicales como Layada continúan desafiando frontalmente al régimen. Para Layada no existe actualmente en Argelia un verdadero islam político y descalifica a los actuales partidos inspirados en la fe musulmana que han optado por seguir las normas que marca el sistema. Layada también vive en el barrio de Barraqi, pero custodiado por una discreta guardia. Contrariamente a Mezrag, quien se mezcla con normalidad con la

gente, Layada restringe sus movimientos debido a razones de seguridad (ya ha sufrido varios intentos de atentado).

La existencia de figuras como ellos demuestra que el asunto de la integración del islam político es aún una cuestión delicada y central. En términos generales, no se está haciendo mucho por la reinserción de los miles de arrepentidos que, desde 1997, han bajado del *maquis* para reincorporarse a la sociedad. Sólo se ha tratado de borrar su huella política pero no han sido rehabilitados. Muchos son insultados cuando salen a la calle. “El escollo de la reinserción sigue siendo que estamos excluidos de la política”, afirma Ahmed Benaïcha, ex emir del EIS para la zona oeste (Meneses, 2007b). Aunque Benaïcha trabaja estrechamente con el Frente de Liberación Nacional (FLN), no ha podido incorporarse a sus filas formalmente. Así, el sueño político de toda una generación, frustrado en 1992, continúa vivo. “Es un buen momento para crear un verdadero partido de inspiración islámica. Estamos trabajando en ello y nuestro objetivo está próximo”, reconocía en 2007. “Los medios y métodos tienen que ser otros, nunca la violencia”, añadía. Pero, hasta hoy, el anhelo sigue sin tomar forma. Los líderes de los noventa siguen en activo de forma clandestina, y no todos demuestran que sus ideas han evolucionado. En general, siguen viviendo en el sueño de volver a recrear el FIS y su ideal de un Estado islámico.

Las contradicciones y exclusiones del sistema político generadas por la dominación del FLN (partido único hasta 1989) perjudican al desarrollo de una verdadera política argelina. Los grupos de oposición con credibilidad están excluidos del juego. Ocurre, por ejemplo, con el Frente de las Fuerzas Socialistas (FFS), del histórico líder Hocine Aït Ahmed, que si bien es legal, actúa al margen del Parlamento y llama al boicot electoral. O con nuevos intentos para recuperar al electorado islamista, como el partido Wafa, de Taleb Ibrahim, ilegalizado y forzado a desaparecer. Las organizaciones independientes, como la Liga Argelina de los Derechos Humanos que lidera Abdennour Ali Yahia, también están condenadas muchas veces a actuar en la clandestinidad.

Por el contrario, los partidos que pueden compartir poder con el FLN son, o bien un clon de este, como el propio Reagrupamiento Nacional por la Democracia (RND), o bien formaciones que han sido cooptadas, vaciadas de significado (es el caso de los partidos de inspiración islámica Islah y Movimiento de la Sociedad por la Paz, ex Hamas). “El régimen actual no es de transición, sino uno que procura mantenerse indefinidamente, silenciando preguntas futuras y posponiendo el cambio no preparado de guardia a una nueva generación” (McDougall, 2007). Así, la única garantía de estabilidad permanece en el aparato represivo del Estado que, habiendo ganado la guerra contra los islamistas, ha suprimido a la sociedad en el proceso. En la actualidad, ningún destello permite pensar que algo que se acerque a un esquema de democracia vaya a ponerse en marcha. Esta estabilidad en que se basa el régimen es muy frágil. El equilibrio de poder en la Argelia posbélica es muy delicado, pues presenta grandes zonas de sombra. Pero volvamos al principio.

ARGELIA A TRAVÉS DEL FLN

Desde su independencia en 1962, Argelia ha estado gobernada por la misma formación, el FLN. Tras medio siglo en el poder, el FLN es más que un partido: es el Estado. Su ideología no es producto de una visión secular socialista, sino de una combinación que mezcla populismo, islamismo, nacionalismo y panarabismo, todos ellos elementos que coexisten y que se destacan sobre los demás según las conveniencias. Acaparando todas las opciones ideológicas y asumiendo un liderazgo incontestable, el FLN se ha constituido como el fundamento único del sistema argelino. Desde el momento de su creación, nunca fue un partido político convencional y mucho menos un “frente” (como sugiere su nombre), una amalgama de formaciones políticas. Pese a ser tan poliédrico, el FLN no fue una organización integradora. Desde el principio, estuvo en desacuerdo con todas las organizaciones políticas argelinas preexistentes y, por lo tanto, determinado a eliminarlas o bien a absorberlas, en este caso, disolviéndolas una vez dentro, atomizando a sus miembros y reestructurando su material humano de otro modo (Roberts, 2003: 41). Un *modus operandi* que ha aplicado a lo largo de su existencia.

En su origen, el FLN se constituyó como un movimiento de corte militar¹ para combatir el colonialismo francés. Y es esa esencia militar la que ha dominado y gobernado en Argelia. Desde su inicio, el FLN ha sido un movimiento nacional con diferentes aparatos: el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que tenía además un servicio de Inteligencia; un cuerpo legislativo, el Consejo Nacional de la Revolución Argelina; un ejecutivo (desde septiembre de 1958, el Gobierno Provisional de la República Argelina); y un brazo judicial, una red de tribunales distribuidos por todo el país. Policía, diplomacia, sindicatos de obreros, estudiantes y emigrantes, prensa y propaganda... Todo lo centralizaba el aparato del FLN. Una vez conseguido su objetivo, la independencia de Francia, no tenía más que convertir todos estos elementos en la maquinaria del Estado para perpetuarse en el poder. Hay que tener en cuenta, además, que la confusión FLN-Estado se basa en una evidencia histórica: la ausencia de un Estado argelino. Así, el sistema iniciado por el FLN es el primer Estado argelino que se constituía en este país. La tradición estatal en el país norteafricano siempre fue impuesta por potencias extranjeras (Turquía, Francia) a la población indígena, que tradicionalmente se dividía en tribus que se autogobernaban.

1. El FLN fue fundado en 1954 por veteranos de la rama paramilitar del Partido del Pueblo de Argelia (PPA), la *Organisation Spéciale*. Véase Horne, 2006.

Otra característica del FLN es que la organización es más grande que sus líderes, sobrepasa cualquier carisma personal y, de hecho, durante toda su historia, el FLN nunca ha entronizado a ninguna de sus figuras durante mucho tiempo. Es más, la andadura del movimiento está construida a través de rebeliones sucesivas contra líderes, desde Messali Hadj en 1954, pasando por Ben Bella en 1965, cuando estos se excedían en individualismo. Esta característica constituye un modo intrínseco del desarrollo histórico del FLN y esta idea hay que extenderla al Estado, en cuanto a la confusión que se observa entre ambos. Así, los modelos de liderazgo tribal presentes en Argelia antes del colonialismo –tales como la estructura de la *jema'a*, (asamblea), donde el poder de decisión está en el consenso– se pueden aplicar al rechazo del FLN a un liderazgo individual y a la insistencia de una jerarquía colectiva que aún se observan hoy. Por consiguiente, en el difuso sistema de poder en Argelia, el presidente es sólo la cabeza visible, mientras que un liderazgo colectivo –los generales, la Inteligencia (DRS)– mueve los hilos entre bambalinas.

El Estado argelino independiente se construyó, pues, sobre la negación de la dimensión política, excluyendo a la sociedad argelina del acceso al poder y del derecho a su escrutinio. A partir de 1962, el FLN se constituyó a sí mismo como el Estado, se fundió con él. El sistema heredado de la independencia es un sistema en que el Estado está paralizado, dominado por el FLN, que a su vez está controlado por los militares. De hecho, el FLN en cuanto partido nunca ha gobernado Argelia. Desde 1962, ha sido el Ejército y no el partido el que ha tenido el poder. Y es esta primacía de lo militar frente a lo político en el seno del Estado lo que refleja que la distinción entre la esfera política y la esfera militar permanece todavía sin establecerse en Argelia.

Desde que el FLN dirigió la lucha por la independencia entre 1954 y 1962, se ha apoyado en sus credenciales revolucionarias para monopolizar la política. “El problema es que 50 años después de la independencia, aún está pendiente la construcción del Estado” (Mehri, 2009)². En la recién nacida Argelia, el FLN excluyó o destruyó al resto de fuerzas políticas e ideológicas y construyó la casa común sin contar con importantes corrientes como el islam político o los comunistas. La lucha por la independencia de Francia empujó a todas las ideologías a integrarse en un frente común, el Partido del Pueblo Argelino (PPA), que instaló una estrategia de reagrupamiento para conseguir el objetivo de expulsar al colonizador. Sin embargo, una vez conseguido este objetivo, se

2. Abdelhamid Mehri fue secretario general del FLN y uno de los hombres clave en los primeros momentos de Argelia como país independiente. Desde finales de los noventa, tras participar en la Plataforma de Roma, fue expulsado del FLN y se ha convertido en una de sus voces más críticas.

dio la espalda al pueblo³. Entre 1958 y 1962, “se consideró que para construir el Estado no eran necesarios todos los argelinos. La estrategia de exclusión suplantó a la de unión” (Mehri, 2009). Una estrategia que se prolonga hasta hoy. Esta exclusión, a juicio de Mehri, vuelve al sistema político argelino “ineficaz, por no tener un Estado estructurado”. Así, la dificultad de establecer una democracia en Argelia viene de la dificultad de desarrollar partidos políticos apropiados para un sistema representativo funcional, puesto que no tienen un modelo político para institucionalizar sus aspiraciones.

EL ESPEJISMO DE LA PLURALIDAD

El dogma del partido único impuso su ley, no sin purgas ni luchas intestinas. Esto significa que el FLN ejerció (y ejerce hoy) el poder de forma autoritaria y violenta. El orden unipartidista se mantuvo hasta 1989, cuando el Estado-FLN no pudo ignorar por más tiempo a la sociedad argelina. En octubre de 1988 estallaron las llamadas *revueltas del pan*, iniciadas por cientos de jóvenes descontentos y excluidos⁴. El régimen se vio obligado a abrirse políticamente, permitir el multipartidismo y sacudirse el socialismo que cubría el sistema con un espeso manto soviético. Pero sólo en apariencia. El desencanto que se venía mostrando en el país desde mediados de los ochenta no sólo tenía motivaciones económicas. Había un importante factor atribuible a la exasperación del pueblo por las políticas arbitrarias del Gobierno y las revueltas sociales tenían mucho que ver también con la demanda de un gobierno que se basara en el imperio de la ley.

El presidente Chadli Benyadid optó por una huida hacia adelante. La decisión de reconocer el derecho a formar “asociaciones políticas” fue recibida con júbilo por la sociedad. El movimiento sirvió para fundar formaciones que no sólo se presentaban como alternativa programática al Gobierno, sino que también podían constituir una opción diametralmente opuesta e incluso irreconciliable con la concepción de Estado que tenía el FLN (Roberts, 2003: 118). Ocurría con el FIS, que basaba su idea en un Estado islámico

3. Mohamed Budiaf, uno de los líderes históricos del FLN, defendió tras la llegada de la independencia que el movimiento ya había servido a su propósito y que debía ser disuelto, para dejar paso a que el pueblo argelino eligiera a su gobierno en unas elecciones libres. Su idea le puso en contra del resto de líderes y tuvo que exiliarse a Marruecos entre 1964 y 1992, cuando fue rescatado para presidir el régimen. Sería asesinado el 29 de junio de 1992.

4. Para profundizar en estos acontecimientos, véase el capítulo “Black october” (Evans y Phillips, 2007: 102-142).

basado en la shura, la consulta, y la sharia, ley islámica, en vez de en el principio de representación de inspiración occidental. Y también con el Reagrupamiento por la Cultura y la Democracia (RCD), de corte beréber, y el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), que abogaban por un sistema secular apoyado por las bases en la región de la Cabilia, pero que rechazaría la gran mayoría de los argelinos. “En realidad, la desaparición del partido único nunca fue admitida. Se consintió sólo una apariencia de multipartidismo, pero dejando lo esencial del régimen” (Mehri, 2009).

Así, volvemos a encontrar la negación de la dimensión política en las estructuras del Estado. Si el sistema pluripartidista es exhibido de fachada, en realidad, el régimen sólo acepta partidos políticos que renuncien al poder (Addi, 2010). Pueden hacer política, participar en las elecciones, pero deben renunciar a ganar. Cuando los partidos no aceptan este juego, el Estado actúa. Ocurrió en 1992, cuando los generales dieron un golpe de Estado que reinstauró el partido único *de facto*. Los islamistas del FIS habían ganado las elecciones locales –los primeros comicios libres de la historia del país norteafricano– el 12 de junio de 1990. El 26 de diciembre de 1991, vencieron en la primera vuelta de las legislativas. Los resultados de los comicios a la Asamblea Nacional dejaron 188 escaños en manos de los islamistas y las proyecciones para la segunda vuelta –programada para el 16 de enero– vaticinaban que el FIS conseguiría el 75% de los diputados. El cambio fue brutal para el FLN, que sólo consiguió 16 asientos en la primera ronda electoral⁵. Los militares decidieron, pues, interrumpir un proceso democrático que les iba a arrebatar de las manos el poder. Por otro lado, hubiera sido muy difícil mantener el equilibrio de fuerzas en un país sin tradición de Estado. ¿Cómo trabajar en el Parlamento si no había un historial democrático que arrojara el debate parlamentario sobre la toma de decisiones? Tampoco el Gobierno se había sometido nunca al control del Parlamento. Por otro lado, una apabullante victoria del FIS habría empujado de cabeza al partido hacia la consecución de sus impulsos más radicales (léase un Estado islámico). Y su ejemplo podría haber cundido en la Cabilia, lo que habría desafiado la unidad del país. Chadli, acosado por los militares, se vio forzado a renunciar y comenzó una de las etapas más oscuras que ha vivido la sociedad argelina en su historia.

Sin duda, un liderazgo más coherente y sabio en el seno del FIS habría repelido de otra forma la violenta indisposición del régimen a ceder el poder (Haddam, 2010). Pero también quedó demostrado entonces que privar a la población de un proceso realmente democrático causa, invariablemente, inseguridad e inestabilidad. La interrupción del proceso democrático se produjo con la bendición de las democracias occidentales, que no deseaban que el

5. La Asamblea Nacional se compone de un total de 389 escaños.

islam político accediera a las instituciones argelinas porque temían que, una vez dentro, transformaran el país en un régimen islámico. Y esto era (y es), según esta concepción, inadmisibles a las puertas de Europa. La guerra civil –tanto los grupos islámicos armados como las fuerzas de seguridad gubernamentales perpetraron abusos, torturas y masacres de cientos de personas (Abdennour, 2007 y Souaïdia, 2002)– provocó entre 150.000 y 200.000 muertos y alrededor de 20.000 desaparecidos. Las leyes de amnistía y de concordia del presidente Buteflika (1999 y 2005) no han supuesto una verdadera reconciliación, pues no plantean un contrato político nacional. La Conferencia de San Egidio (1995) ya sugirió que la solución a la crisis sólo podía venir de la reintegración política de todos los argelinos. Pero, una vez más, el FLN no estaba dispuesto a ceder cotas de autoridad.

LA SILLA VACÍA DEL ISLAM POLÍTICO

Occidente descubrió el islam político en Argelia con el inquietante ascenso del FIS; sin embargo, este hunde sus raíces en la tradición social argelina, basada en la escuela sociopolítica magrebí Maqassidi, una corriente racionalista que ha sido descrita en oposición a la escuela literalista mashreqí. Se fundamenta en una metodología para derivar leyes de las fuentes de jurisprudencia islámica utilizando nociones desarrolladas por un estudioso andalusí, el imam Abu Ishaq al Chatibi, y entronca con la sociología de Ibn Jaldun. Recuperada en Túnez en el siglo XIX, fue formalizada un siglo después por el tunecino Tahar ben Achour y por el argelino Malek Bennabi⁶ (1905-1973). “Los fundamentos de la escuela Maqassidi adoptan una noción moderna de democracia, que se convierte en el elemento principal de la cultura política” (Haddam, 2008), tal y como los desarrolló Bennabi en la organización Renovación de la Civilización (Al Bina Al Hadari). Esta filosofía se contraponía a la línea que seguía las tesis de los Hermanos Musulmanes de Egipto, representada en el país norteafricano por Mahfuz Nahnah.

Bennabi fue el precursor de la *Djazara*, el islamismo *argeliano* que nace en la Universidad Central de Argel –cuna de la contestación islamista durante los años setenta y ochenta y teatro de numerosos enfrentamientos entre estudiantes islamistas e izquierdistas. Era un grupo informal compuesto por universitarios francófonos, formados en

6. Para profundizar en las ideas de Bennabi puede consultarse: Labat, 1995: 75-78.

universidades de alto nivel francesas o anglosajonas, en general en carreras científicas. Se trataba, pues, de un movimiento elitista y tecnócrata, aunque con un discurso nacionalista y distanciado de las experiencias exteriores, lo que facilitó su propagación entre los jóvenes universitarios. La *Djazara* entroncaba con la Asociación de Ulemas (elige como padre espiritual al jeque Ahmed Sahnun), recuperando su noción de islam como fundamento del individuo y su comunidad, que conformó un “nacionalismo musulmán” decisivo en la guerra de la independencia. Esta ideología sería luego muy útil a los islamistas para justificar su lucha armada como continuación de la “gloriosa yihad” iniciada por Ben Badis.

Diferentes figuras se disputaron, a principios de los ochenta, el liderazgo islamista. Por un lado, estaba Mahfuz Nahnah, uno de los símbolos de la militancia islamista clandestina. Su mayor competidor era Abasi Madani, neorreformista islámico y ex combatiente en la Guerra de la Independencia (que se iría imponiendo poco a poco, ayudado de Ali Benhadj, un joven predicador con talento para instigar a las masas). También estaba Abdallah Djaballah, por entonces estudiante de Derecho de Constantine y “hermano musulmán independiente”, como se definía a sí mismo en aquel momento. La represión del régimen también ayudaría a acrecentar unas u otras leyendas⁷. Todos ellos, excepto Nahnah, continúan hoy en activo.

Para contrarrestar la fuerte contestación islámica, el régimen del FLN puso en marcha su propia maquinaria para imbuirse de legitimidad religiosa⁸. En 1984 se aprobó un Código de Familia que, basado en las concepciones más rigoristas, limitaba los derechos de las mujeres. Se inició una política de construcción de mezquitas financiadas por el Estado y se promovieron imames oficiales para luchar contra los predicadores libres. A falta de ulemas locales en la esfera del poder, Chadli Benyadid (presidente desde 1979) hizo venir a dos de los imames más famosos de Egipto. Pero, en vez de legitimarse, el poder acrecentó el “despertar islámico” que subyacía en la sociedad (Kepel, 2001: 269). Cuando llegaron las revueltas de octubre de 1988, el islam político en Argelia tenía ante sí un terreno abonado.

El modelo había entrado en crisis y la Constitución aprobada en febrero de 1989, que ponía fin al partido único, sólo era un intento de hacer cambios superficiales para

7. En noviembre de 1982, unos incidentes entre estudiantes marxistas e islamistas en la Universidad de Argel se saldaron con un muerto entre los primeros. Al final de un rezo colectivo, Ali Benhadj, Ahmed Sahnun, Abasi Madani y otros presentaron una reivindicación de doce puntos donde se reclamaba el respeto a la sharia. La represión se abatió sobre la primera expresión pública y organizada de un islamismo constituido en oposición estructurada. Sus principales figuras fueron detenidas, entre ellas, Madani, que pasó dos años en prisión (Labat, 1995: 79).

8. Buteflika también utiliza esta técnica en los últimos años, valiéndose del MSP, Islah y PLJ, de la construcción de la Gran Mezquita de Argel (con vocación de ser una de las más grandes del mundo), de las zauiyas y de famosos predicadores como Aed al Qarni (estrella del canal satelital Iqraa).

mantener la esencia del régimen. Pero los islamistas ya habían conseguido crear una dinámica con implantación social que aglutinaba la cólera acumulada contra el poder. Las bases de la crisis posterior estaban sobre la mesa.

Reivindicando una identidad cultural y nacional al mismo tiempo que los intereses materiales y económicos de la sociedad, los islamistas que se unieron bajo el paraguas del FIS –creado en marzo de 1989– intentaban interpretar el papel de una oposición al sistema de partido único en Argelia. Creado con la estructura de un frente –esta vez, sí, un polo político–, el FIS aglutinaba desde la corriente neosalafista de Ali Benhadj⁹, que reunía a los jóvenes *hitistas*¹⁰, hasta el neorreformista Abasi Madani, cuyo perfil de ex militante del FLN logró arrancar militantes al partido único. El monopolio dual de la interpretación que hacía del islam atrajo tanto a moderados como a radicales. Su propuesta política –defendían la implantación de un Estado islámico– no dejaba de ser, sin embargo, un modelo de sociedad autoritario, de partido único. En este sentido, el FIS era un calco del FLN, con su misma filiación ideológica (nacionalismo, islam) y con una visión monolítica en la que expresar opiniones contrarias se consideraba antiislámico, tal y como el régimen podía considerar antinacional cualquier crítica.

Pese a ser una de las corrientes desplazadas por la maquinaria del FLN, el islam político nunca dejó de ser parte esencial de la cultura política argelina. Es tras esta marginalización, que el caudal social que salió en apoyo al FIS desbordó las previsiones del régimen en los noventa. Pero también las del propio Frente: una vez que las propuestas de los moderados no tuvieron espacio, los radicales tomaron las riendas del movimiento y se arrogaron su amplia base.

La estrategia de neutralización

¿Cuál es hoy el peso real del islam político en Argelia? No se sabe a ciencia cierta. En una democracia, la forma de medir la influencia política de una tendencia ideológica es mediante las urnas. Como el islam político está excluido por ley de la legalidad electoral argelina, es difícil medir su calado social. Tampoco los comicios en Argelia sirven de base real para cifrar los apoyos de la sociedad a cada partido, pues es conocido que sus resultados se *fabrican* en las cocinas del régimen. Además, los sondeos electorales

9. Benhadj tenía 33 años en 1989. Su carisma y sus dotes de orador movilizaban a las masas según su conveniencia. Para profundizar sobre su personalidad, véase Labat, 1995: 53-55.

10. El término *hitista*, producto del humor ácido argelino, alude a los jóvenes parados que se veían en las calles. Su único trabajo consistía en "sujetar la pared" (*hit*, en el dialecto argelino).

están prohibidos. Todo ello genera un vacío en la política del país y una situación artificial. Si en un principio pudo pensarse que líderes como Djaballah o Nahnah podían beneficiarse de la desaparición del FIS, ya que podrían haber reagrupado a su enorme electorado huérfano de partido, los resultados electorales y las limitaciones impuestas por el régimen demuestran que no ha sido así. Los políticos islamistas *supervivientes* al conflicto, o bien han cedido a las exigencias del régimen para compartir el poder o bien viven grandes dificultades para mantenerse independientes. En esta lucha particular, su credibilidad está muy desgastada entre el electorado. En cuanto a los líderes afines al ex FIS y que aún hoy tienen aspiraciones políticas, excluyen a estos partidos de lo que consideran el “verdadero” islam político. “Todas las corrientes políticas genuinas que son verdaderas representantes del pueblo argelino en su pluralidad están prácticamente prohibidas de cualquier actividad política significativa en la vida política de la Argelia de hoy. Esta situación no es sana ni para Argelia ni para sus socios económicos” (Haddam, 2010).

Desde la barbarie de los noventa, los partidos islamistas argelinos han estado cambiando de piel para adaptarse a los acontecimientos. Afrontan el siglo XXI muy divididos y debilitados, debido a las estrategias de exclusión y cooptación que se aplican desde el régimen (Bustos y Mañé, 2009). Estos problemas, así como la propia evolución de algunas de estas formaciones revela la falta de capacidad del islam político legal de hoy para ofrecer una verdadera alternativa democrática al statu quo. Ello da renovados argumentos a los líderes proscritos del FIS para reclamar su entrada en la esfera política.

Actualmente, los dos partidos que se arrojan la herencia del islam político en el país norteafricano son el Movimiento de la Sociedad por la Paz (MSP), antiguo Hamas, y el Movimiento por una Reforma Nacional (Islah). Si bien se fundaron en los setenta y vivieron la clandestinidad, ambas formaciones se han oficializado desde los años noventa, por lo que han pagado un precio de cara a las bases que en su día nutrieron al FIS. En un principio, tras la guerra civil, eran partidos que potencialmente podían beneficiarse del electorado islamista. El régimen se ha encargado de neutralizarlos política e ideológicamente.

La historia del MSP está tan ligada al que fue su fundador y líder carismático, Mahfuz Nahnah, que a su muerte en 2003 dejó al partido descabalado. Durante el *decenio rojo*, Nahnah rechazó la violencia y cooperó con el régimen. Pero ha ido progresivamente perdiendo peso. Hoy, el MSP sigue siendo uno de los socios de Gobierno del FLN, pero los 51 escaños que ganó en las legislativas de 2007 quedaron en nada tras una escisión en 2009 que provocó una sangría de 20 diputados.

El Islah tampoco se ha salvado de la fragmentación. Creado en 1999 por el populista Abdallah Djaballah, en 2007 sufrió una crisis que acabó con su salida del partido. El Islah sufrió un gran descalabro: sólo obtuvo tres diputados en las legislativas de 2007 (antes tenía 43). Era la segunda vez que Djaballah era expulsado de una formación fun-

dada por él mismo. Ya le ocurrió en el Nahda, en 1998, cuando se opuso a ser cooptado por el régimen. Djaballah se alineó con los partidos que llamaron al boicot en 2009 (FFS y RCD), mientras que el Islah pasó a ser una fuerza marginal en el Parlamento.

La estrategia del *divide y vencerás* de los generales no acaba aquí. Está empeñada en excluir a todo aquel político que tenga un mínimo carisma aglutinador. Es el caso de Ahmed Taleb Ibrahimi, el cual creó el partido Wafa, también de inspiración islámica, en 1999, pero que se vio forzado a la exclusión política porque el Ministerio del Interior rechazó legalizarlo. Argumentó que entre sus cuadros y sus bases había ex militantes del FIS y que por ello era una “amenaza a la seguridad nacional”. Cansado, Taleb Ibrahimi abandonó la política en 2008. Su número dos, Mohamed Said, creó en enero de 2009 el Partido Libertad y Justicia (PLJ), que en las elecciones de ese año obtuvo resultados mínimos.

El régimen, en particular la Presidencia de Buteflika, se caracteriza por utilizar el islam para legitimar su poder (Meneses, 2009a), pero siempre que los partidos de este corte sean lo suficientemente débiles como para constituir un desafío y lo suficientemente fuertes como para servir al juego del Gobierno. Cuando sus líderes se rebelan o recobran los bríos de la crítica, se les corta las alas. Excluidos del mapa electoral, la oposición se ha volcado en los últimos años en masivas campañas al boicot. En 2009, un amplio espectro de partidos y líderes se manifestaron por la abstención: FFS y RCD doblaron sus llamamientos y líderes islamistas como Yabala y el propio Abasi Madani, quien dijo que las elecciones eran “un medio de consagrar una realidad podrida”, se sumaron a la campaña. Curiosamente, Al Qaeda también se inclinó por este camino.

De entre los ex líderes del FIS que se han moderado ha surgido un nuevo movimiento que espera su momento para convertirse en fuerza política. Se trata del Movimiento por la Libertad y la Justicia Social, creado en enero de 2007. “Se trata de un grupo de trabajo político con el objetivo de contribuir positivamente, junto con otras fuerzas nacionales, a lograr una reconciliación nacional en Argelia” (Haddam, 2010)¹¹. Sus fundadores esperan que esta formación, que se autodefine en la línea del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Turquía, pronto pueda ser legalizada. Así, la gran asignatura pendiente continúa siendo la reconciliación nacional y la integración del islamismo político. El propio Ali Benhadj se ha pronunciado por una solución política: “Sugiero un congreso que reúna a todos los partidos políticos, incluido el FIS, para discutir los problemas de Argelia” (Beaugé, 2008).

11. Anwar N. Haddam fue discípulo de Malek Bennabi. Elegido diputado por el FIS en diciembre de 1991, se exilió a Estados Unidos al empezar la guerra. En 2007 fundó con otros reformistas islámicos el Movimiento por la Libertad y la Justicia Social.

Es cierto que la liberalización económica –gracias a la bonanza de los precios del petróleo en la primera década del siglo XXI– ha cambiado el paisaje argelino, pero hay que hacer constar que la economía va mejor para aquellos que ya eran prósperos. Hay una sociedad de consumo muy visible: los créditos fáciles han llenado las calles de coches privados, las cadenas francesas proliferan por las principales avenidas de Argel, se han abierto centros comerciales (nuevos templos del mercado global), etc. Pero los principales problemas –el acceso a la riqueza, las desigualdades, la corrupción y el ejercicio del poder– siguen vigentes en un Estado nonato. El nexo entre el *establishment* militar y la élite política sigue siendo fuerte y se puede hablar en este país de una economía político-militar, con grandes problemas de corrupción y una ausencia total de industria productiva.

El advenimiento a la Presidencia de Abdelaziz Buteflika, en 1999, impuso de nuevo el criterio omnipresente del FLN y redundó en la exclusión política de líderes y partidos que no aceptaban el juego establecido. Sin ningún tipo de transición social ni política, el FLN ha vuelto a tomar las riendas. “El retorno del FLN a la dominación del paisaje político, especialmente después de 2002, es un telón para el éxito de Buteflika en el control del debate sobre la Constitución. Las elecciones han sido desacreditadas como vehículo de cambio político, así como todo debate sobre el proceso democrático” (Aghrouit y Zoubir, 2009). Esto explica el récord de abstención que se produjo en las elecciones de mayo de 2007. Las cifras de participación oficiales mostraban que un 35,65% de los argelinos había acudido a las urnas. Los datos no oficiales elevaban la abstención a entre el 80% y el 85%. La reforma constitucional, a finales de 2008, para permitir un tercer mandato del presidente¹², y las elecciones del 9 de abril de 2009, que *entronizaron* a Buteflika con más del 90% de los votos a favor, confirmaron esta tendencia. Pero el descontento popular sigue intacto: la pobreza, el desempleo, la corrupción y la inseguridad acercan los niveles de malestar social a los de 1988.

El contexto internacional después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha ayudado a apuntalar la cúpula militar, que encontró entusiastas apoyos en Europa y Estados Unidos. “¡Los criminales de guerra se convirtieron en expertos en la guerra contra el terror!” (Haddam, 2010). La adhesión de los remanentes del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) a la *franquicia* de Al Qaeda en 2007 ha servido al régimen de excusa para prolongar *sine die* las leyes del Estado de emergencia promulgadas en 1992. La existencia de Al Qaeda en el Magreb islámico (AQMI) y sus bases de retaguardia en Argelia mantienen viva la amenaza del terrorismo islámico en el país, como quedó demostrado con su campaña de atentados de 2007.

12. La Constitución de 1996 establecía un límite de dos mandatos presidenciales (artículo 74). El 12 de noviembre de 2008, el Parlamento votó la supresión de este artículo, abriendo la vía a que Buteflika se presentara a un tercer mandato, pese a su deteriorada salud.

CONCLUSIONES

Los argelinos se quejan de que el sistema político no les representa. Igual que en el pasado, cuando ese descontento fue el fermento de las revueltas sociales. “La violencia late en la falta de democracia y mientras no se ataque esta causa, la violencia puede disminuir, pero siempre estará ahí” (Mehri, 2009). Las causas políticas de la guerra civil siguen sin abordarse y tampoco ha habido un proceso de transición que haya dado voz a toda la sociedad argelina de posguerra. Las opciones políticas para la oposición continúan cercenadas y, por ello, las dinámicas sociales de antaño pueden resurgir de nuevo.

Mientras exista corrupción, injusticia social o desempleo y no se resuelva nada de forma seria, el islam político tendrá algo que decir para una base popular significativa. Mientras exista un régimen no democrático en Argelia, los islamistas están condenados a ser más fuertes como oposición. Excluidos de la política, las fronteras hacia la radicalización son muy porosas (y la presencia de AQMI supone un riesgo). Dentro de ella, los movimientos islamistas pueden ser garantía de estabilidad. Al mismo tiempo, también los islamistas radicales deben darse cuenta que establecer un Estado islámico a cualquier precio no es realista. Y deberán tomar ejemplo –algunos, como Said o Haddam, subrayan este punto– del camino del AKP turco, un partido moderado de corte islámico que acepta las reglas del juego de la democracia. La única forma de resolver el problema es acabar con la dicotomía entre un poder real en manos militares y un poder formal que no tiene autoridad política. El fin de la injerencia en política de los militares y el establecimiento de un contrato nacional son necesarios. La renovación generacional que representará el relevo de Buteflika puede ser una excelente oportunidad.

Referencias Bibliográficas

- ABDENNOUR, Ali-Yahia. *La dignité humaine*. Alger: Inas Éditions, 2007.
- ADDI, Lahouari. “The algerian army holds the levers of power”. *Le Monde Diplomatique* (2 de febrero de 1998) [en línea]. <http://mondediplo.com/1998/02/02algeria>
- ADDI, Lahouari. “Sociología de la Argelia actual: una visión a través de la obra de Pierre Bourdieu”. Conferencia impartida en Casa Árabe. Madrid, 26 de mayo de 2010.
- AGHROUT, Ahmed y ZOUBIR, Yahia H. “Introducing Algeria’s President-for-life”. *Middle East Report* (1 de abril de 2009) [en línea] <http://www.merip.org/mero/mero040109.html>
- BEAUGÉ, Florence. “Il faut trouver, d’urgence, une solution politique en Algérie”. Entrevista con Ali Benhadj. *Le Monde*, 9 de febrero de 2008.

- BOUBEKEUR, Amel. "Political islam in Algeria". *Working Document*. No. 268 (mayo 2007) [en línea]. Centre for European Policy Studies, CEPS. www.ceps.eu
- BUSTOS, Rafael y MAÑÉ, Aurèlia. "Argelia: estructura poscolonial de poder y reproducción de élites sin renovación". En: IZQUIERDO BRICHS, Ferran (ed.) *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: Fundación CIDOB, 2009.
- EVANS, Martin y PHILLIPS, John. *Algeria: Anger of the dispossessed*. New Haven/Londres: Yale University Press, 2007.
- HADDAM, Anwar N. Entrevista con la autora. 26 de octubre de 2010.
- "The Algerian Islamic Movement and "political islam": An insider's perspective". Intervención presentada en la IX Conferencia del Centro de Estudios de Islam y Democracia (CSID). Washington, 2008 [en línea]. http://www.hoggar.org/index.php?option=com_content&task=view&id=511&Itemid=46
- HORNE, Alistair. *A savage war of peace. Algeria 1954-1962*. Nueva York: The New York Review of Books, 2006.
- KEPEL, Gilles. *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Península, 2001.
- LABAT, Séverine. *Les Islamistes algériens. Entre les urnes et le maquis*. París: Éditions du Seuil, 1995.
- McDOUGALL, James. "After the war. Algeria's transition to uncertainty". *Middle East Report*. No 245 (invierno 2007). P. 34-41.
- MEHRI, Abdelhamid. Entrevista personal con la autora. Argel, 8 de abril de 2009.
- MENESES, Rosa. "Buteflika y la islamización del régimen". *El Mundo* (18 de abril de 2009a).
- "El islam debe tener lugar en el Gobierno". Entrevista con Madani Mezrag, ex líder del Ejército Islámico de Salvación (EIS). *El Mundo* (13 de abril de 2009b).
- "La 'sharia' es el modelo ideal". Entrevista con Abdelhaq Layada, fundador del GIA. *El Mundo* (17 de mayo de 2007a).
- "Una negra cruz sobre la espalda". *El Mundo* (19 de mayo de 2007b).
- ROBERTS, Hugh. *The Battlefield: Algeria 1988-2002. Studies in a broken polity*. Londres/Nueva York: Verso, 2003.
- SOUAÏDIA, Habib. *La guerra sucia*. Barcelona: Ediciones B, 2002.